Narrativas del aislamiento y resignificación del espacio rural costarricense en *El puente de Ismael* (2014) de Tatiana Lobo

Narratives of Isolation and Resignification of Costa Rican Rural Space in Tatiana Lobo's *El puente de Ismael* (2014)

Dorde Cuvardic García

Universidad de Costa Rica
dorde.cuvardic@ucr.ac.cr

Resumen: Después de *El jaúl* (1937), de Max Jiménez, *Cuentos de angustias y paisajes* (1947), de Carlos Salazar Herrera, y de los relatos (novelas, cuentos) de denuncia de la Generación del 40, la última novela de Tatiana Lobo, *El puente de Ismael* (2014) renueva las representaciones del espacio rural costarricense. Se analiza esta novela desde la narrativa del aislamiento de una comunidad, desde las consecuencias psicológicas que provoca o exacerba entre sus habitantes el derribo del único puente de acceso al pueblo, en el marco de las relaciones de dominio patriarcal y violencia sexual y familiar.

Palabras clave: puente, espacio rural, novela costarricense, narrativas de aislamiento, violencia sexual, poder patriarcal

Abstract: After *El jaúl* (1937), by Max Jiménez, *Cuentos de angustias y paisajes* (1947), by Carlos Salazar Herrera, and the literary accounts (novels, short stories) of denunciation of the Generation of 1940, the latest novel by Tatiana Lobo, *El puente de Ismael* (2014), renews the representations of the Costa Rican rural space. This paper analyzes the novel from the perspective of a narrative of a community's isolation, as well as from the psychological consequences caused or exacerbated among its inhabitants by the demolition of the only access bridge to the village, all in the context of patriarchal dominance and sexual and familial violence.

Keywords: Bridge, Rural Space, Costa Rican Novel, Narrative of Isolation, Sexual Violence, Patriarchal Power

Recibido: junio de 2023; **aceptado:** agosto de 2023.

Cómo citar: Cuvardic García, Dorde. "Narrativas del aislamiento y resignificación del espacio rural costarricense en *El puente de Ismael* (2014) de Tatiana Lobo". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 45 (2022): 75-85. Web.

Alejada de sus temáticas anteriores, *El puente de Ismael* (2014) es la última novela publicada por Tatiana Lobo Wiehoff (1939-2023) antes de su fallecimiento. Con protagonista colectivo, desde el esquema narrativo de las vidas cruzadas y desde una enunciación de carácter perspectivista, los acontecimientos relatados se sitúan en Providencia abajo, alegoría de los pueblos de la montaña costarricense. La novela se cierra, precisamente, con un marcador espacio temporal –*Bajo La Paz, abril 2014* (en cursiva en el original) (147)–[1] que, en su función referencial, alude al lugar –cerca de San Ramón de Alajuela– y el momento en el que la propia Tatiana Lobo terminó su novela. Implícitamente, la instancia lectora parte del supuesto –como efecto pragmático incentivado por este paratexto– de que parte de la materia prima argumental –situaciones representadas o *Stoff*– y las coordenadas espacio-temporales ficcionalizadas en Providencia abajo provengan posiblemente –desde las coordenadas de la verosimilitud referencial– de Bajo La Paz, pueblo en el que esta escritora vivió por muchos años.

La producción novelística de esta narradora ha sido analizada en diversas oportunidades,[2] aunque *El puente de Ismael*, hasta el momento, no ha sido objeto de estudios críticos académicos –a pesar de haber transcurrido casi una década desde su publicación–. A falta de un estado de la cuestión académico, del que el presente artículo constituye una primera aproximación, podemos acceder a otro tipo de crítica textual. En estos términos, es útil que nos acerquemos, en primera instancia, a un tipo de epitexto, la reseña de Daniel Quirós que ha difundido en su página web la casa editorial que ha publicado la novela en una segunda edición en 2019: "la novela investiga las vidas de ciudadanos que guardan, tras una máscara de idilio, su dolor y encierro sofocado. Así, la falta del puente que antes conectaba se convierte en un símbolo sobre la fragilidad del límite entre lo público y lo privado, el amor y el odio, la solidaridad y los rencores rezagados" (s.p.). Es decir, bajo el idilio rural se esconden rencores, abusos y violencias, traumas y duelos. Similar lectura alegórica y psicológica se realiza en la crítica periodística propuesta por Rojas al declarar este último que: "Providencia, endogámico y pacífico –¿alegoría de Costa Rica?– representa una sociedad y unos individuos encerrados en sí mismos, tanto material como espiritualmente" (s.p.).

El puente de Ismael es una novela polifónica, y así lo podemos comprobar desde el estudio del propio desarrollo capitular, desde un punto de vista enunciativo. El primer capítulo se estructura como una crónica sobre el derribo del puente –una estructura que "sostenía fuerte y seguro las andanzas de toda la comunidad" (111)– y sobre la sorpresa que provoca entre los habitantes y visitantes que presencian este acontecimiento. En el segundo capítulo se emplea la

[1] A partir de este momento, toda cita de la novela procede de la siguiente edición: Lobo, Tatiana. *El puente de Ismael*. Cartago: REA Ediciones, 2014.

[2] Véase por ejemplo el número especial en homenaje a la autora publicado hace más de dos décadas por la *Revista Comunicación* (2002); otros trabajos de mi autoría (Cuvardic García, "Relecturas del golfo de la calle" y "La voz enunciativa") y especialmente la "Bibliografía sobre la obra de Tatiana Lobo", preparada por Julie Marchio y Alexandra Ortiz Wallner, publicada en el presente número de *Istmo*. Esta bibliografía muestra de forma exhaustiva las diferencias existentes en la atención crítica que han suscitado las publicaciones de Tatiana Lobo.

técnica narrativa –entre otras, propias del perspectivismo– de las 'voces colectivas', practicada previamente en la literatura costarricense en *Diario de una multitud* (1982), de Carmen Naranjo, novela analizada en su momento por Cuvardic (véase "La novela urbana"). Situándonos en la novela de Tatiana Lobo, en el fluir de la conciencia de estas 'voces colectivas' –el procedimiento que tiene el autor implícito para mostrar el pensamiento de los personajes–, predomina la exposición de los conflictos personales de sus enunciadores, que a corto plazo quedarán potenciados por el aislamiento que el puente ha provocado: el encierro precipita procesos vitales –muchos de ellos trágicos– que vienen arrastrando desde hace tiempo. En última instancia, las crisis personales representan el mecanismo temático que estructura las distintas subtramas de la novela.

El capítulo tercero, que inicia con una descripción de la ubicación geográfica del pueblo, mediante el empleo –desde el pastiche– de los estilemas del género discursivo del folleto de la promoción turística, retrata el quebrantamiento de la normalidad cotidiana que sufre este lugar a raíz del derribo del puente, y termina con un relato del rechazo que Ismael sufre por parte de los habitantes del pueblo a raíz de su autismo. El capítulo cuarto está dedicado a relatar la cotidianeidad de Farineli, perro de la calle, sobre todo desde la indiferencia y el desprecio que recibe de los habitantes del pueblo. El capítulo quinto se focaliza en Thomas, un veterano de la guerra de Vietnam, y su compañera Maggie, esta última dedicada pacientemente a cuidarle de las graves secuelas psicológicas provocadas por el conflicto bélico. En estas circunstancias, Thomas y Maggie ficcionalizan, en la novela de Tatiana Lobo a aquellos norteamericanos que, por diversos motivos, han decidido buscar un retiro tropical en Costa Rica en los últimos cuarenta años. El capítulo sexto ofrece, en clave humorística y desde el perspectivismo, la colocación de las piedras de la base del puente nuevo, primero desde la focalización visual de los trabajadores, que observan arriba a un anciano ocioso que les mira trabajar, y segundo, a este último, que les ve desempeñar su actividad. El capítulo séptimo nos ofrece la historia de Mariposa, joven rebelde que regresa al pueblo de su infancia para escapar de una banda de pandilleros en la que se había integrado, y de Maikol, el hijo malogrado de una madre castradora. Es un capítulo que, a final de cuentas, relata la asfixia existencial que provoca en la juventud local una pequeña comunidad rural, de moral provinciana y sin expectativas educativas y laborales. El capítulo octavo se focaliza en la violación que sufre la niña Sara por parte de Seguetta y el escarnio social que reciben ella y su madre por la denuncia que esta última se 'atreve' a realizar ante la policía. El capítulo noveno está dedicado a retratar la vida cotidiana de Ismael y las circunstancias que rodearon su muerte; el décimo, por su parte, a la apertura del nuevo puente y las transformaciones colectivas, familiares y personales que produce este hecho en el pueblo. El capítulo undécimo sigue la relación afectiva que surge entre la enfermera Samarkanda, que ha llegado recientemente al pueblo, y el joven agricultor Yobani, símbolo de los vínculos que esta comunidad, cerrada en sí misma, puede llegar a establecer con el resto de Costa Rica.

Por último, en una especie de síntesis, y desde el simultaneísmo temporal (el relato de distintas escenas, situaciones o acontecimientos que, en la temporalidad de los hechos relatados, ocurren en el mismo momento cronológico), el capítulo duodécimo, en forma de epílogo, ubicado en una mañana soleada, en las cercanías del puente, nos muestra el estado existencial y vital en el que se encuentran todos los personajes que han protagonizado la novela, justo en el momento en el que una mujer de mediana edad, que lleva escritas las crónicas de la localidad (una alusión implícita a la propia Tatiana Lobo), abandona el pueblo en auto, con la intención de convertirlas en la novela que el lector extradiegético tiene entre sus manos.

El objetivo del presente artículo es analizar *El puente de Ismael* desde las coordenadas psicológicas de las narrativas del aislamiento, a las que, en el marco de la representación de la pandemia del COVID-19, se las ha llamado narrativas del confinamiento. Como acabamos de ver a través del resumen de los acontecimientos, el argumento de la última novela publicada por Tatiana Lobo gira alrededor de las consecuencias que, en algunos de los habitantes del pueblo de Providencia abajo, ha provocado el aislamiento producido por el derribo del único puente que comunica el pueblo con el mundo exterior. Cinco meses son necesarios para sustituir el puente viejo por uno nuevo y, en el interregno, se emplea una pasarela que permite pasar con dificultades de un lado a otro. Los habitantes del pueblo llaman 'puente de Ismael' al 'puente nuevo' en honor del niño que murió accidentalmente en este sitio, al carecer la estructura antigua de una baranda de apoyo, tragedia que incitó a las autoridades a derribarla. Y desencadenante final del aislamiento que sufre el pueblo es, en última instancia, la burocracia gubernamental, responsable de que se tarden cinco meses en levantar un nuevo puente, como ya queda dicho.[3]

El tono que predomina en la enunciación de la novela es irónico. Se pretende destacar la contradicción existente entre lo que debería ser el comportamiento humano en situación de normalidad y una conducta absurda, alejada del sentido común. La novela inicia con una situación de este tipo: a raíz del accidente que cobró la vida de Ismael, las autoridades, en lugar de reparar el puente antiguo, lo derriban para levantar uno nuevo. Pero su construcción tarda en llegar, con el consiguiente aislamiento de la comunidad de Providencia abajo. La propuesta de solución se convierte, con el tiempo, en un problema. El ataque del tono irónico de la voz narradora es la burocracia, responsable del retraso de las autoridades gubernamentales a la hora de levantar un nuevo puente. La ausencia de un puente que permita unir al pueblo con el resto de Costa Rica contrasta con la perfección utópica de los planos, antes de la ejecución de esta estructura: "el ingeniero señalaba con un dedo de uña muy bien recortada y limpia la maqueta con el puente transitado por muñequitos que pasaban por un paso peatonal" (61). La voz narradora destaca la distancia que media entre los proyectos de los ingenieros y su ejecución.

[3] La burocracia cuenta con una larga tradición en la literatura occidental como ha demostrado Vandelli (2015), tanto en la literatura como en el cine: véase por ejemplo *Muerte de un burócrata* (1966) del cubano Tomás Gutiérrez Alea.

La ineptitud de la burocracia da origen a una serie de ironías de situación. Aunque lo más sensato era la reparación del puente ya existente,

> [p]ara que se iniciaran los trabajos de reparación una delegación de vecinos visitó la municipalidad, fue al ministerio de obras públicas, conversó con muchas sonrisas y nada de interés. Eran vueltas burocráticas, cansadoras y sin esperanzas. Ya las fuerzas vivas del pueblo daban sus esfuerzos por inútiles, la resignación mandaba cada quien a su casa a que se olvidara del asunto, cuando pasó el accidente del Ismael. Y poco tiempo después el pueblo recibió la noticia de que China regalaba al país cinco puentes pequeños y entre las comunidades favorecidas estaría Providencia. (57-58)

En lugar de arreglar la baranda del puente viejo, las autoridades prefieren derribar esta estructura para levantar una nueva. Sin embargo, su construcción es lenta y desencadena consecuencias colectivas (se trastoca la vida cotidiana del pueblo y sus relaciones con el exterior) e individuales (relaciones intrafamiliares e interpersonales).

Una de las virtudes de la novela es su tono humorístico, un tono que incluso relativiza los clisés culturales y literarios existentes sobre el espacio rural nacional costarricense, aunque no deja de actualizarlos. La voz narradora procede a realizar una parodia del determinismo climático como factor causal de la psicología colectiva, el determinismo de la psicología popular (*Völkerpsychologie*), un determinismo que se ha convertido en estereotipo del ser costarricense, sobre todo del meseteño:

> Si es cierto que el clima afecta el temperamento de las personas, la neblina sería la culpable de la melancolía e introversión que suele ser una de las características más notables de Providencia abajo. El clima nuboso, el barro, las noches frías, son también justificación para el individualismo y sus consecuencias. Y explica el cuidado extremo que cada quien se impone para evitar sinceridades que con el devenir del tiempo pueden ser comprometedoras. Para reforzar esta teoría están los temporales de invierno, cuando la temperatura es más cálida y la humedad más intensa. ¿Quién podrá culpar entonces a nadie por recogerse en *su* casa alrededor de la mesa de su comedor y ver *su* televisor? (en cursiva en el original). (35)

¿Qué indicadores o marcas textuales de la ironía nos permiten comprobar que la voz narradora se burla de los clisés y estereotipos –parcialmente expresados a través de la tradición literaria– que generalmente atribuimos al clima como agente determinante del comportamiento de los habitantes del espacio rural? El tono impostado científico, así como el tono excesivamente hiperbólico (y, en el marco de este último, el uso de la cursiva), para que la instancia lectora perciba la exageración que la voz narradora le imprime al individualismo de sus habitantes: *su* casa, *su* televisor. Podemos encontrar vínculos intertextuales con textos como *El jaúl* (1937), de Max Jiménez, con esa constante llovizna que baña y esa neblina que envuelve a San Luis de los Jaúles y sus alrededores, con aseveraciones generales contundentes como la siguiente: "El poder del paisaje es terrible" (*El puente* 12).

El derribo del puente no hace sino exacerbar una situación de aislamiento que Providencia abajo ya sufría previamente frente al resto de la sociedad

costarricense. Por una parte, desde un punto de vista estrictamente geográfico, la única carretera de entrada y salida del pueblo queda inhabilitada por el derribo del puente, con lo que se dificultan los viajes (de estudio, de compras, de visitas familiares) a los otros cantones del país. Para el resto de la sociedad costarricense, Providencia abajo es un pueblo muy alejado cuya visita, en la medida de lo posible, debe evitarse, como ocurre con los padres de Samarkanda, la enfermera que decidió convertir a este pueblo en su patria chica.

En Costa Rica, el derribo de puentes que dejan incomunicados a poblaciones de diverso tamaño ocurre con cierta recurrencia, situación producida por el mal estado de estas estructuras (a raíz de su antigüedad) o por desastres naturales. En cualquier caso, la intervención humana también puede provocar el derribo de un puente, como sucede en *El puente de Ismael*. En la literatura costarricense, esta estructura arquitectónica ya había acaparado protagonismo con anterioridad, en particular en el cuento "El puente" (*Cuentos de angustias y paisajes* 1947), de Carlos Salazar Herrera, que ha recibido un reciente estudio por parte de Orias Sarmiento y Quesada Villalobos (véase ""El puente" de Carlos Salazar Herrera").[4] En este relato, irónicamente, el puente separa, en lugar de unir. Al inicio, el puente simboliza, para la Chela, la llegada de su amado, Marcial Reyes: el sonido del casco del caballo del jinete que se acerca es el primer indicio de la plenitud del amor que disfrutarán. Desde el estilo indirecto libre, que expresa el pensamiento de la Chela, el sonido sobre los tablones del puente es tan alegre como el de una marimba. Sin embargo, una vez que pierde su virginidad y Marcial la desprecia con la indiferencia, esta estructura arquitectónica simboliza la separación entre ambos personajes.

El puente es un símbolo polisémico, según el texto en el que participe. Es una construcción levantada, en principio, para unir y comunicar, sobre todo en términos del espacio físico, pero que también ha servido, en distintas comunidades humanas, desde el punto de vista del espacio simbólico, para dividir y separar, para establecer una marca diferenciadora entre el 'nosotros' y el 'ellos', entre el sentido de pertenencia y la Otredad, entre la comunidad y el espacio ajeno, como han destacado Orias Sarmiento y Quesada Villalobos. La simbología de la unión de esta estructura protagoniza el epígrafe que encabeza la novela de Tatiana Lobo, "Un puente de besos sobre los abismos", procedente de Roberto Bolaño. En cambio, su ausencia separa.

Las narrativas del confinamiento han tenido como espacio paradigmático la casa o apartamento que, desde la mirada subjetiva de sus inquilinos, en un contexto límite, se convierte en un espacio claustrofóbico. El encierro y el aislamiento –términos semánticamente opuestos al de la libertad– surgen por diversos motivos. Cuando el sujeto, víctima del encierro o del aislamiento es militar, hablamos de la narrativa del calabozo; cuando es criminal, de la

[4] A su vez, en el caso de la literatura y el cine universales, podemos mencionar diversos casos en los que el conflicto narrativo gira alrededor de esta estructura: la novela *El puente sobre el Drina* (1945), de Ivo Andric, los cuentos "El puente" (1917), de Franz Kafka y "El puente"(1930), de Hart Crane y, por último, en el caso del cine, *El puente sobre el río Kwai* (1957), de David Lean.

narrativa de la cárcel; cuando es un enfermo, de la narrativa del hospital, etc.[5] Así, podemos imaginar distintos tipos de encierro y aislamiento a partir de diferentes causas y consecuencias. Podríamos pensar, desde la teoría de Mijaíl Bajtín, en la existencia del cronotopo del encierro y el aislamiento, con diversas variantes y modulaciones. Uno de los temas preferentes de este último radica en las consecuencias sociales y psicológicas que tiene para sus protagonistas. Estas últimas, en el marco del aislamiento de un pequeño pueblo montañés, son objeto de reflexión de la voz narrativa en *El puente de Ismael*:

> Si antes existía la posibilidad de darse una vueltita por la ciudad más cercana para olvidar los roces y dificultades familiares, ahora los disgustos quedaban encerrados en las casas sin tener cómo escapar. Las penas que no se cuentan y los deseos que se callan hierven en baño maría junto con los rencores y la ira sofocada. Algo parecido a la asfixia alimentaba crueldades y si antes con solo pasar el puente se alejaba cada quien de sus rivalidades y conflictos, incluso de sí mismo, ahora, sin tener salida material por donde dejar fluir los malos humores se cernía una amenaza sobre el precario equilibrio que todas las sociedades alcanzan laboriosamente, pacientemente, experiencia sumada, práctica de mentiras piadosas acumuladas año con año, de siglo en siglo. El arte del disimulo, como el arte de los sobreentendidos, es delicado y frágil. Y este arte del disimulo se vio menoscabado por la impaciencia y la irritación producto del aislamiento. (47)

Cuando se alejaban temporalmente del pueblo, el puente de Providencia abajo era una válvula de escape que permitía a los habitantes olvidar momentáneamente los problemas que sufrían en el espacio privado del hogar y en las relaciones interpersonales. Desde el pensamiento metonímico, un pueblo es un contenedor que puede llegar a estallar en la hipócrita convivencia cotidiana si sus habitantes (el contenido) no encuentran una válvula de escape, como es el hecho de abandonar temporalmente este espacio. Las metonimias contenedor-contenido, estudiadas ampliamente por Lakoff y Johnson, quedan actualizadas constantemente en el lenguaje literario y cotidiano de muchas culturas desde una gran riqueza léxica y semántica. El enunciado 'el contenido es un líquido o un gas en ebullición que ejerce presión sobre el contenedor' (como en la frase xenófoba 'los inmigrantes ejercen una gran presión sobre el mercado laboral costarricense') queda actualizado, en la novela de Tatiana Lobo, desde la imagen metafórica de las penas y los deseos silenciados y los rencores y la ira sofocados que "hierven en baño maría". Un pueblo –el espacio rural– es un espacio psicológica y moralmente asfixiante del que sus habitantes necesitan alejarse (para dejar fluir, de vez en cuando, los malos humores), pero cuando falta el vaso comunicante con el exterior, terminan por ahogarse, atrofiarse o embrutecerse, en un encierro no deseado en el que se manifiestan las consecuencias de las diversas prácticas de hipocresía, disimulo y opresión típicas de las poblaciones pequeñas.

El encierro no se tiene que circunscribir necesariamente a la casa, sino que también puede establecerse en espacios físicos y sociales más amplios, como la calle, el barrio, la comarca o el país. Es una situación que provoca un aislamien-

[5] Estas temáticas, desde una perspectiva política, han sido investigadas por Jorge Marturano en *Narrativas de encierro en la República cubana*.

to indeseable, convertido este último en mecanismo generativo del conflicto narrativo. Con el encierro se da el establecimiento de límites y fronteras espaciales y psicológicas que antes no existían y la percepción –por parte de aquellos sujetos que lo sufren–, de que a raíz de esta situación límite las relaciones humanas se van convirtiendo, progresivamente, en alienadas, disgregadas, fragmentadas, esquizofrénicas.

En lugar de un espacio idílico, se representa en *El puente de Ismael* un espacio rural caracterizado por el silenciamiento y la invisibilización de la violencia de género, la chismografía, etc. Providencia abajo es un espacio al que se le puede aplicar la expresión 'pueblo chico, infierno grande'[6]. Como ocurre en cualquier espacio rural, existe un pacto de silencio que los habitantes del pueblo han acordado para no denunciar los secretos, los abusos y los crímenes en los que incurren en el espacio privado del hogar. La novela entrelaza diversas historias personales que demuestran que detrás del aparente idilio campesino se ocultan las tragedias personales. La maestra del pueblo, Ana, no llega a advertir que el rechazo de sus colegas en su denuncia del maltrato que recibe Ismael de su padre "se debía a que estaba poniendo en riesgo no solo la estabilidad de la escuela sino la de todo el pueblo que había construido la paz pública tolerando la violencia privada" (40-41), una violencia soterrada, silenciada o invisibilizada.

Otro importante acontecimiento que nos narra el horror y la hipocresía moral del pueblo es la violación que sufre Sara, la niña discapacitada, por parte de Seguetta, descendiente de uno de los fundadores de Providencia abajo. Esta situación simboliza la impunidad con la que se cometen muchos crímenes sexuales en la cultura rural patriarcal. Sara es objeto de escarnio por parte de los habitantes del pueblo: es una víctima que la comunidad local acusa de provocadora. Para evitar un ultraje semejante en el futuro, su madre la somete a un encierro permanente en el hogar y, como consecuencia de la hipocresía local, se refuerza la moral patriarcal contra las mujeres: "No solo dejaron de verla, también dejaron de escucharla. […] No solo Sara, todas las muchachas del pueblo fueron sometidas al riguroso espionaje de su familia. […] Un *viejo* borroso y anónimo, pasó a cabalgar sobre la neblina de la tarde" (en cursiva en el original) (121). Este último, un anciano que cabalga, es alegoría de la moral patriarcal, vigilante, omnipresente.

Por su parte, el retiro rural de Thomas, veterano de Vietnam, es observado con reticencia por el pueblo: no alivia las secuelas psicológicas que le provocó la guerra, y la espiral de autodestrucción en la que se abisma termina por engullir a su compañera Maggie. Incluso la joven Mariposa, que regresa al pueblo como un espacio acogedor que le otorga protección contra el grupo pandillero –"volvió a Providencia abajo a buscar refugio en casa de unos padres sorprendidos de verla regresar" (100)–, no deja de vivir el regreso al terruño de su

[6] Esta expresión nos habla de la sanción social negativa que las habladurías, el cotilleo y el chisme de los pueblos provocan entre sus habitantes, temática que, en la literatura latinoamericana han representado escritores como Daniel Sada, como en la novela *Una de dos*, analizada por Roberto Blanco (véase "'Aquel romance bárbaro'"). La deconstrucción del espacio idílico campestre ya había sido formulada previamente en *El jaúl* (1937), por Max Jiménez, con su violencia de género, el poder de los gamonales o las rencillas entre los vecinos.

infancia como una cárcel, dispuesta a abandonarlo cuando se termine el puente nuevo. Maikol vive otro tipo de cárcel, el de una madre castradora que impide su madurez intelectual. Vive su encierro en dos ruedas, sobre una motocicleta, con la que carga su frustración a toda hora: "Ahora, sin puente, Maicol solo puede dar vueltas y vueltas en un espacio de apenas dos kilómetros y en cada vuelta que da se siente más encerrado, prisionero de una situación que mamá no puede resolver" (105). Acosa con crueldad al perro Farineli, el perro sin propietario, situación que simboliza una de las tantas formas de embrutecimiento de la vida rural; mientras, su madre "no atinaba con la ausencia del puente como factor determinante de la infelicidad de Maikol, contenida en las reacciones agresivas y las respuestas groseras" (107).

Las relaciones de sociabilidad en el pueblo –que contribuyen a silenciar estos abusos y crímenes– se caracterizan por una distancia cortés. Al referirse a los habitantes de Providencia abajo, señala la voz narradora que "su cortesía distante era cómoda, no obligaba a ningún compromiso, respetaba las fronteras, permitía la privacidad" (72). Esta distancia también se sigue practicando en una situación extraordinaria como es el aislamiento que ha provocado el derribo del puente. El lazo (*tie*) y el involucramiento (*involvement*), dos de los tópicos más conocidos de la sociología rural de corte funcionalista, son procesos que brillan por su ausencia entre los habitantes de Providencia abajo, evidente en la suspicacia con la que se recibe al foráneo, tanto nacional (Samarkanda) como extranjero (Thomas y Maggie).

A raíz del derribo del antiguo puente y del retraso en la construcción de uno nuevo, a la voz narradora le interesa destacar, sobre todo, que el aislamiento de una comunidad humana profundiza o trastoca las relaciones ya existentes en el espacio privado. En Providencia abajo se transformó con el aislamiento:

> […] la vida privada de cada cual. Fue como si los puentes afectivos que había entre las personas se cortaran abruptamente, o aparecieran nuevos que antes no existían. Estos puentes de naturaleza intangible aparecieron durante el tiempo llamado del no-puente. Algunas cosas se desataron y se volvieron a unir de manera imprevisible. Otras, igualmente insospechadas, afloraron desde profundidades tenebrosas, desconocidas hasta ese momento. (32)

Frente a las relaciones de abuso imperantes en el pueblo, el aislamiento estableció excepcionalmente nuevos lazos, nuevos puentes afectivos, nuevas relaciones de afecto. En la novela estas últimas quedan expresadas en la relación entre la enfermera foránea y un joven agricultor local: "cuando botaron el puente viejo para hacer el puente nuevo, ya no había quien rompiera los lazos de Samarkanda" (143) con Yobany y con la comunidad. Es un ejemplo de que, en una situación límite, se puede tender "un puente de besos sobre los abismos", en expresión de Roberto Bolaño.

Frente a este caso único, el aislamiento forzado contribuyó a reforzar o a aflorar, en el espacio privado, diversos tipos de violencia estructural. Más que trastocar la vida cotidiana en el espacio público de la comunidad, se produjo un vuelco en el inestable equilibrio de las relaciones que habían forjado sus habitantes en el espacio privado. Más allá del absurdo que nos ofrecen las ironías

situacionales del argumento, surgidas del enfrentamiento de la comunidad con un acontecimiento extraordinario, lo que domina en el tono de la voz narradora a lo largo de la novela es el de una ironía pesimista, amarga, al comprobar que los habitantes del pueblo no pueden enfrentar sus miedos, la violencia que se ejerce sobre ellos y el aburrimiento que sufren. Consciente de que los habitantes sufren silenciosamente, la voz narradora relata la desolación –el callejón sin salida– del absurdo de esta vida provinciana claustrofóbica.

Tatiana Lobo renueva la representación del espacio rural del Valle Central en la literatura costarricense. Frente al espacio idílico campesino del costumbrismo (a veces, desde la sátira), al espacio disfórico de la moral provinciana (ofrecido en textos narrativos como *El jaúl*), y la denuncia del acaparamiento de la tierra y la explotación laboral del régimen de la plantación, temáticas de la Generación del 40, las coordenadas espaciotemporales de Providencia abajo en *El puente de Ismael* nos ofrecen, en cambio, el espacio rural de una sociedad parcialmente inscrita en los procesos de la globalización tecnológica, económica y social (el espacio rural costarricense como reclamo para los extranjeros –principalmente estadounidenses y europeos– que se jubilan en un paraíso tropical; la construcción del puente nuevo por los chinos…). Desde el punto de vista de las relaciones intrafamiliares y comunitarias, sin embargo, escaso o ninguno ha sido el cambio en las últimas décadas. Se actualizan, en estos términos, tópicos ya existentes en la narrativa previa sobre el espacio rural montañés costarricense: violencia sexual, moral provinciana, etc. Tatiana Lobo destaca la frustración y el dolor de los habitantes de un pueblo ante el velo de silencio y de impunidad de las diversas modalidades de violencia estructural que sufren, como víctimas, en el espacio privado.

Obras citadas

Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela.* Trad. Helena Kriúkova y Vicente Cascarra. Madrid: Taurus, 1989. Impreso.

Blanco, Roberto. "'Aquel romance bárbaro'; el chisme como imaginario popular en la novela *Una de dos* de Daniel Sada". *Humanidades* 10.2 (2020): 1-15. Web.

Cuvardic García, Dorde. "La novela urbana experimental en *Diario de una multitud*, de Carmen Naranjo". *Con fiebre de transfiguraciones: la obra en marcha de Carmen Naranjo*. Ed. Jorge Chen. San José: SIEDIN, 2009. 77-83. Impreso.

Cuvardic García, Dorde. "Relecturas del golfo de la calle decimonónico en la novela contemporánea costarricense: el 'pinta' en *Candelaria del Azar*, de Tatiana Lobo". *Les récits de la marginalité en Amérique.* Dir. Cécile Bertin-Elisabeth. Martinique: Caraïbéditions-Université, 2014. 143-171. Impreso.

Cuvardic García, Dorde. "La voz enunciativa del sujeto difunto frente al mundo de los vivos en *El año del laberinto,* de Tatiana Lobo". *La fiesta, el duelo y el horror: Representaciones de la muerte en la literatura latinoamericana*. Ed. Josefa Lago. Texas: Chiringa Press, 2017. 97-109. Impreso.

Jiménez, Max. *El jaúl.* Santiago: Editorial Nascimento, 1937. Impreso.

Lakoff, George, y Mark Johnson. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1986. Impreso.

Lobo, Tatiana. *El puente de Ismael*. Cartago: REA Ediciones, 2014. Impreso.

Marturano, Jorge. *Narrativas de encierro en la República cubana*. Madrid: Verbum, 2018. Impreso.

Naranjo, Carmen. *Diario de una multitud*. San José: EDUCA, 1982. Impreso.

Orias Sarmiento, Esteban, y María Patricia Quesada Villalobos. ""El puente" de Carlos Salazar Herrera: la línea entre el ser (civilización) y el no ser (naturaleza)". *Revista Estudios* 37 (2018): s.p. Web.

Quirós, Daniel. "*El puente de Ismael*. Reseña". San José: Editorial Costa Rica. 2019. Web.

Rojas, César. "Algunas impresiones sobre *El puente de Ismael*". *Diario digital nuestro país* 1 de febrero 2015: s.p. Web.

Salazar Herrera, Carlos. *Cuentos de angustias y paisajes*. San José: Editorial Costa Rica, 1981. Impreso.

Vandelli, Luciano. *Papeles y papeleo. Burocracia y literatura*. Madrid: Iustel, 2015. Impreso.